

La globalización en el ciclo medio de la educación general básica

Con este artículo abrimos una serie, que irán apareciendo mes a mes, sobre el tema tan en boga de la globalización. De la globalización como metodología didáctica de las enseñanzas y disciplinas que se imparten en la EGB y también de la globalización como —filosofía— que conlleva, necesariamente, una crítica a la escuela actual y se proyecta hacia un nuevo modelo de la misma. Estos artículos serán una parte, a veces una síntesis, de un trabajo más amplio que hemos confeccionado en el curso 1984 / 1985 el Taller de Investigación del Medir (Ciclo Medio) del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular de Madrid. Trabajo que está revisando la Subdirección de Perfeccionamiento del Profesorado para su edición.

Los autores: Dolores Benavides, Juan Antonio García Rincón, Francisco Luján Díaz y Carlos Villalba.

Aunque todo el documento se refiere al Ciclo Medio de la EGB puede decirse que los conceptos que aquí se desarrollan son aplicables a cualquiera de los niveles de la EGB. Especialmente va dirigida su lectura a aquellos que tengan interés en buscar y experimentar normas y métodos de enseñanza que acerquen más completa y vivencialmente la escuela al alumno, de forma que ésta juegue un papel más estimulante y apetecible, a la vez que científico, frente a los niños y niñas.

EN LA ESCUELA ACTUAL

Plantearnos globalizar en el ciclo medio, y en la escuela en general, implica, primeramente, analizar las situaciones en que podemos encontrarnos cuando nos proponemos tal empresa. No podemos olvidar que la situación general de la escuela en España no nos ofrece una amplitud de medios técnicos que nos permita un cambio radical en la forma de plantearnos nuestro quehacer docente. Sin embargo, en último extremo, lo que se «cuece» dentro de una clase depende, en un amplísimo porcentaje, de la actitud, disponibilidad y pretensiones que tenga el maestro-tutor de ese aula. Y una de las primeras investigaciones que tiene que efectuar el maestro es analizar en detalle las posibilidades que tiene a su alcance en la escuela donde ejerce. Naturalmente nos encontramos con, una estructura cerrada en donde el colegio es un simple espacio físico en que se alojan distintos departamentos, aulas que poca o ninguna conexión tienen entre sí. La escuela en general no es democrática a pesar del esfuerzo que muchos profesionales, incluso de entes administrativos oficiales, desempeñan por conseguirlo. En un amplio número de escuelas no existe una gestión participativa real. Los profesores se encierran en sus clases, incomunicados unos de otros, no asumiéndose tareas colectivas que beneficiarían a la comunidad educativa. La gestión burocrática-administrativa del Centro -personalista en muchos casos- a veces, en vez de favorecer, entorpece las posibilidades educativas del mismo.

Por otro lado, en cuanto a la relación maestro-alumno dentro del aula habría mucho que discutir, ya que suele ser autoritaria y, consecuentemente, dificulta el desarrollo de las capacidades socio-afectivas del alumno. Si observamos y analizamos una clase cualquiera, vemos que la distribución del espacio nos obliga a estar enfrentados -literalmente hablando- a los alumnos: la colocación habitual y tradicional de las mesas ya sitúa al profesor en una posición de autoridad, todos miran hacia él y él puede dominar con una mirada a todos. Es indudable que esta situación física no favorece la investigación, la crítica, el trabajo en pequeño o mediano grupo... Así las cosas, ha sido casi norma hasta ahora y aún sigue

siendo normal encontrarnos con unos colegios donde la escasez de materiales didácticos y la falta de medios del profesorado obligan al niño a aprender mediante la memorización de un libro, la utilización de un bolígrafo, y la atención a una pizarra, poco más se le ofrece; unos colegios donde la expectativa última es haber llenado el máximo posible el cerebro infantil de informaciones y datos supuestamente imprescindibles para hacerse adulto.

HACIA LA EDUCACION INTEGRAL

Sin embargo, no hace falta extenderse en detalles para que cualquier profesional comprenda que este tipo de escuela a la que nos referíamos no potencia ni posibilita el desarrollo de aspectos vitales en la formación de la persona como son la comunicación, la expresión oral, el conocimiento del propio cuerpo, la vivencia lúdica, la investigación, el yo social, la creatividad, la manipulación, la expresión corporal, el interés científico, el gusto lector, el espíritu crítico, las aficiones expresivas en general, la imaginación... y un incontable etcétera que a la larga va a formar ese componente total de la personalidad y que gracias a su olvido en la programación y realidad escolares van a manifestarse más en la vida del adulto por ausencia que por presencia activa.

Es por ello que el papel del maestro hoy día se hace doblemente difícil y reflexivo: hemos de pasar de ser simples trasmisores de conocimiento a ser animadores del crecimiento intelectual y vivencial del niño; hemos de transformar nuestro papel de trasmisores de esquemas socio-institucionales en provocadores del espíritu crítico y la búsqueda científica... Son muchos los papeles que se le piden representar al maestro: desde sustituto temporal de la familia a inculcador de valores, pasando por diccionario viviente o Newton de la vida cotidiana. Sin embargo, el maestro es un ser normal, un trabajador cuyas herramientas son el ensamblaje de situaciones que posibilite a cada instante un ir más allá del objeto de su profesión: los alumnos. Con Freinet (*) diremos que no es el maestro excepcionalmente dotado el que salvará a la escuela, sino el maestro normal que, con esfuerzo para buscar soluciones a los problemas escolares, desempeñe, con buena voluntad, una tarea honesta.

La escuela olvida muchas cosas, y olvida el medio en que se desenvuelve, y olvida a las personas que no se acomodan a su «status», y olvida las vivencias, el juego, la alegría, las preocupaciones que se encuentran a la misma puerta del edificio, ahí, al salir de la propia escuela.

Por todo ello la escuela, la EGB y muy concretamente el Ciclo Medio, del que aquí hablamos, no pueden ser segregadores, no deben ser seleccionadores, sino que han de buscar la unificación: contra selectividad, integración. Bien podríamos decir que ese principio ha de ser una de las normas de trabajo en el maestro activo y el que pretende globalizar; el que quiere una enseñanza total, una educación total íntegra de la persona, no sectorizada ni parcializada.

PERO INTEGRAR, ¿EL QUE?, ¿PARA QUE?

Cuando nombramos integración enseguida nos viene a la mente un aula en la que se encuentran un pequeño núcleo de alumnos con problemas especiales y que son atendidos en la clase común mediante unos apoyos adicionales por parte del profesional. Sin embargo aquí, siendo válido el concepto «integración» para el caso anterior, queremos expresar más bien la problemática del aula normal que no se plantea una «educación integral», educación que implica a todos los elementos y todos los componentes de la clase en una marcha común pero como un «todo» diferenciado, objetivado en cada singularidad. La palabra «integración» está de moda y empieza a perder su valor cuando se la circunscribe exclusivamente a la inserción física de algunos niños con problemas en el marco escolar. Sin embargo para que nuestra clase pueda llegar a tener integración ha de pasar antes por la práctica de la «educación integral» en la que cada alumno no solamente arrastra una buena

o mala escolaridad, sino también unas ilusiones, una actitud, una afectividad, unas necesidades, una vida extraescolar... La educación integral ha de ser algo que comprenda toda la concepción de la escuela, todo el complejo educativo, incluida la organización de la clase de modo que acoja en su seno todas las diferencias individuales que presenta el alumno -todos los alumnos- para que a partir de esas diferencias cada uno pueda ir cubriendo objetivos específicos según su grado de maduración y crecimiento.

Es por todo esto porque esta integración no se ha producido todavía en gran medida, por lo que nos preguntamos si la escuela tradicional, la escuela copia, la escuela modelo, y por tanto, marginadora, no tendrá algo que ver con las dislexias, disgrafías, tartamudeos, fracaso escolar, delincuencia, alcoholismo... y otras formas de enfermedad mental. Es una contradicción contribuir a crear marginados y, al tiempo, quejarse de que nos incomodan; por ello optamos por este nuevo tipo de escuela desde una perspectiva activa y desde la propia globalización: una escuela-vida-integradora que participe de valores diferentes, una escuela en donde el niño pueda:

jugar, saltar, cantar

(aprender),

contar, bailar, leer,

andar, escribir, gritar

(aprender),

oír, escuchar, gesticular,

aceptar, aceptarse, tocar,

oler, palpar, reír

(aprender),

contar cuentos, vivir cuentos,

soñar vida, conocerse,

conocer a los demás, saber experimentar,

integrarse en el grupo, equivocarse

(aprender),

tener pequeñas libertades,

confiar en el adulto,

confiar en el otro niño, hablar,

analizar su agresividad,

controlar sus pulsiones

(aprender),

pensar, criticar, tener amigos,

correr, colorear, ver, observar,

pintar, dibujar, construir,

mirar por dentro, entrar, salir,

dramatizar, manipular las cosas,

escudriñar, ser,

aprender, aprender, aprender (**)

En definitiva la escuela que proponemos, la clase que deseamos no solamente ha de ser integradora con las personas en función de edad, conocimientos, situaciones, etc., sino que ha de integrar los fenómenos sociales que concurren a su alrededor.

EL MEDIO COMO RECURSO

El niño/ a nace y se desarrolla en un determinado medio. En sus primeros meses de vida ese «medio» estará configurado por las paredes de su casa, las sensaciones que percibe y las relaciones que establece con sus familiares. Este medio natural, familiar y social le impregnan por completo y van conformando en él una determinada visión, del mundo. El paisaje físico inmediato, los elementos materiales que le rodean serán objeto de su curiosidad y poco a poco irán tomando forma propia, a medida que avancen sus descubrimientos. Un proceso similar tendrá lugar a nivel afectivo: la familia, los amigos y las relaciones que el niño/a establece con ellos; así como los acontecimientos de toda índole que tengan lugar, irán transformando su visión de la vida.

Todo este conjunto de elementos conforman el medio en que el niño está inmerso, de modo que, sintetizando, podríamos concluir que el medio no es sólo lo más cercano o próximo al niño/a, sino el conjunto de factores naturales (físicos), sociales, culturales, económicos, afectivos, etc., que están en estrecha relación con él y con los que mantiene una relación dialéctica.

Elementos que configuran el medio

Hemos dicho que el niño vive rodeado de un medio físico dado. Ese medio conformará una determinada visión.

Cuando el niño/a sale de las paredes de su casa, el mundo es ilimitado: campos, calles, semáforos, bosques, animales, plantas, televisión, lecturas...

Todo es cambiante y objeto de descubrimiento que conducen a nuevos descubrimientos, nuevas búsquedas. Pero también hay gente, personas, que si bien, en un principio, se reducen a su medio familiar y poco más, poco a poco va aumentando, ensanchándose.

Con ellos el niño establecerá una serie de relaciones; «te cambio un cromó por un caramelo»; «¡oye! dile al señor del butano...»; «¿puedes decirme dónde está...?»

Un día alguien le hablará de que «en mis tiempos»... y descubrirá que hubo otros tiempos, otras gentes, que las cosas han cambiado, que antes eran de otra manera, que hubo un antes, hay un ahora y habrá un después.

Así, siguiendo a Faure, el niño/a a través de todos estos elementos que forman su medio descubrirá qué es la Naturaleza, qué es la vida.

Pero debemos tener en cuenta la presencia, hoy día masiva, de un elemento presuntamente unificador; la televisión.

Ese aparato que preside de forma indiscutible la vida en toda la familia urbana y de una forma cada vez mayor la de las familias del medio rural. A través de ella llegan al niño/ a imágenes e historias que suceden en sitios muy alejados de donde vive el/ella, otros idiomas, otras gentes, otros paisajes, otros animales...

Este aluvión de imágenes ampliará sus vivencias, su visión del mundo, pero también puede llegar a deformar esa visión, por lo que debemos intentar que se valore en su justa medida

las propuestas que a través de la «tele» le llegan, las informaciones que recibe, las imágenes que observa.

La amplitud del medio y la estrechez de la escuela

Cuando el niño/a llega a la escuela se encuentra en pleno proceso de descubrimiento y van aumentando su interés y curiosidad. Lo que suele ocurrir en la mayoría de los casos es que la escuela no crea posibilidades para que esas facultades sigan su proceso evolutivo, aumentado, incluso, por el nuevo entorno y relación. La consecuencia, naturalmente, es que el descubrimiento, la curiosidad y el interés pasan a ser procesos marginales, atípicos, no insertos en la vida escolar del niño, y finalmente, heridos en su propia raíz.

Y se produce la contradicción de que entrando la escuela a formar parte del medio del niño, centrando incluso muchas de sus vivencias y de su tiempo, aquélla no permite al niño ensanchar su conocimiento global, su visión del mundo. El niño entra en la escuela dejando en la puerta sus intereses, sus motivaciones...

Así, a través de los libros de texto, entendidos éstos como el material básico del trabajo de los alumnos, de los contenidos que la escuela está muchas veces obligada a impartir y desarrollar, el niño se encontrará con un proceso de aprendizaje distinto al seguido hasta entonces, en el que no se tienen en cuenta ni sus vivencias, ni sus intereses, ni su capacidad de asimilación.

Pensamos que la escuela deje ejercer un papel de catalizador y facilitador de los procesos que favorezcan la comprensión y la interrelación del niño/a con la realidad que le rodea, en toda su extensión.

Por tanto, los maestros/as debemos tratar de conseguir un profundo conocimiento del medio, realizando una labor de recopilación de los recursos que se encuentren para así poder centrar y desarrollar nuestra labor pedagógica en aquellos casos que están más directamente relacionados con el niño/a, puesto que el estudio sistemático y permanente del medio, de «los medios», nos conduce de una manera actual a la adquisición de conocimientos.

Por otra parte, el considerar el medio que rodea al alumno como algo enriquecedor, valorándolo, nos llevará a una autovaloración del propio niño/ a, desarrollando su autoestima, ya que es algo que forma parte de él y, en consecuencia, es algo que le atañe directamente.

Cualquier medio es lo suficientemente rico, o al menos, ofrece las suficientes posibilidades como para que, el niño/a adquiera los conocimientos necesarios, no sólo como recurso del que se echa mano en algunas ocasiones aisladas, sino convirtiéndolo en eje central de la actividad que el alumno, desarrolle en la clase. Sólo necesitamos por parte de los maestros un mayor interés en la utilización de las posibilidades que ofrece el mismo.

Habrà quien no esté de acuerdo con la idea de que cualquier medio es lo suficientemente rico como para desarrollar una actividad continuada en el aula, argumentando que no es lo mismo el medio de una escuela rural perdida que el de una escuela de una gran ciudad, que no ofrecen las mismas posibilidades que existen en ambos casos extremos y aprovecharlas, saber obtener el máximo provecho de ellas en la labor pedagógica. Somos conscientes de las diferencias que existen, pero pensamos que cada uno de ellos tiene sus pros y sus contras, sus ventajas e inconvenientes y, partiendo de las limitaciones con las que nos encontramos tanto en uno como en otro tipo de escuela, realizar una práctica pedagógica más activa, más viva, porque, en definitiva, de lo que se trata es de acercar y unir el medio a la escuela en lugar de separarlos.

EL MEDIO RURAL

Los recursos que el medio físico-natural ofrece como laboratorio natural abierto facilita una metodología que invita a la observación y experimentación.

Las plantas, el suelo, los animales, los ríos, la naturaleza en una palabra, está topando con nosotros continuamente, día a día, y por ello, sólo nos bastará un poco de interés y dar rienda suelta a las cosas que nos rodean y que los propios niños/ as nos aporten intereses para conseguir una clase más activa.

Pero no es sólo eso lo que el medio rural nos puede aportar: el trabajo en el campo, las condiciones de vida, las tradiciones, el folklore... son recursos que también están ahí y se está viviendo día a día, estando inmersos en este medio. Pero como ocurre en muchas ocasiones la cotidianidad mata el interés por lo inmediato, desvalorizándolo.

Por otra parte, otra de las connotaciones del mundo rural es su caracterización como «mundo cerrado» en el que las intenciones de cambio chocan con un cierto tradicionalismo ideológico; los niños/ as deben aprender «cosas de libros» alejadas de su pueblo, del pueblo del que quizá algún día se marchen.

Debemos desde la escuela posibilitar el análisis de lo que ha sucedido en esas comunidades, descubrir el cómo se ha llegado a esa situación, investigando sobre las tareas agrícolas, las construcciones, las tradiciones, haciendo que los niños/as aprendan a valorar todo aquello que conlleva, para transformar después esa realidad.

Observar, descubrir las relaciones que existen entre ellos, las necesidades de cambio, de esta forma posibilitaremos un mayor conocimiento y una mayor relación con ese medio.

Sin embargo el niño rural, que disfruta y sufre el campo, va a estar sometido a un cierto «complejo de lejanía» como consecuencia de su cajita de imágenes, de su televisor que de hecho actúa como elemento distorsionador en la valoración del medio rural: los modelos de vida, los comportamientos, el origen de la información van a ser esencialmente urbanos y uniformes. El campesino y el ganadero soñarán con pertenecer pronto a ese tipo de sociedad. Y el campo seguirá quedando vacío en un inacabable éxodo...

Pero en cualquier caso la televisión será otro elemento más que la escuela tiene que saber situar, en sus aspectos positivos y negativos, junto a esa diversidad de estímulos que anteriormente reflejábamos y que constituyen la percepción y vivencias diarias del niño rural.

EL MEDIO URBANO

Tradicionalmente se considera a la escuela urbana como mejor cuidada, más dotada que la escuela rural para desarrollar una práctica pedagógica más integral. Y si eso puede ser cierto desde el punto de vista de las dotaciones que tienen concedidas por la Administración, no es menos cierto que los maestros/as nos encontramos en ocasiones con dificultades para lograr esa práctica educativa integral.

Las ciudades disponen, por lo general, de toda una serie de recursos: museos, exposiciones, cines, teatros... que pueden permitir al maestro/a ampliar el campo de recursos que enriquezcan el medio natural, ése en el que el niño/a se desarrolle, pero no en todas las ciudades sucede lo mismo y existen grandes diferencias entre las posibilidades que ofrecen unas y otras.

Hay que pasearse por la ciudad, por el barrio, descubriendo itinerarios que ayuden a comprender mejor por qué en esta calle están la mayoría de los comercios, o por qué ese solar lleva en esa situación de abandono tanto tiempo o por qué no hay columpios en el barrio...

La vida urbana es despersonalizadora y apasionante, es solitaria y multitudinaria, es indiferente y dependiente, áspera y apetecible, muda y desorbitada, lejana y centelleante; es un contraste continuo de estímulos y frustraciones, de percepciones e indiferencias, de vitalismo y angustia... Todo esto se mezcla en la vida del niño: La escuela es una tienda más en donde te venden cultura y es obligado comprarla, igual que la comida del mercado. Poco o nada tiene que ver la escuela -muchas escuelas- con el barrio, con la ciudad. El maestro no es, normalmente, el vecino que el niño ve con su padre tomando un tinto o luchando por un problema conjunto de la localidad o distrito de residencia. El museo, la fábrica o el edificio institucional son para el colegio igual que el cine o el parque: una posible excursión que mis padres o mis profesores me obsequian -en el mejor de los casos- alguna vez al año.

El medio urbano lo tiene casi todo; tanto que al niño le falta orientación y se siente perdido en medio del ruido de los coches, recibiendo la amonestación por botar la pelota en el pasillo de su casa y compartiendo el recreo y los problemas del colegio con mil doscientos cuarenta y siete alumnos compañeros suyos...

Esto, y más cosas, es la ciudad para el alumno de EGB.

(*) Primer capítulo de «Técnicas Freinet de la escuela moderna».. Celestín Freinet.

(**) Amigo Isi, te saludamos desde esta página.